

TIEMPO Y ETERNIDAD

Bartolomé Segura Ramos¹
Universidad de Sevilla

¿Qué pasaría si el hombre fuese eterno (y, por tanto, inmortal)?

Si el hombre fuese eterno, podría, *lógicamente*, arrojarse a una hoguera, sin temor a perecer. O arrojarse desde una torre (como la Giralda de Sevilla), sin temor a fenecer.

Si el hombre fuese eterno (y, por tanto, inmortal) podría, *naturalmente*, cortarse un dedo, un brazo, las dos piernas, arrancarse el bazo, el hígado, el corazón, o cercenarse la cabeza, puesto que nada le iba a pasar por ello, porque, pese a ello, podría seguir viviendo, podría seguir *siendo*.

Si esto es así, ese hombre eterno podría, a decir verdad, eliminar su cuerpo entero, podría, más aun, reducir su ser a nada, a *la nada*: ¡y seguiría *siendo*! Siendo, es decir, eterno.

Si esto es así, Dios (que es, según se admite, eterno) podría, igualmente, reducir *su ser* a nada, a *la nada*. Esto es, que Dios podría *ser la nada*, de manera que cupiese decir: “Dios es la nada”; y también: “La nada es Dios”.

[1] (bsegura@us.es) Nacido en Córdoba, Bartolomé Segura Ramos ha sido, desde 1976, catedrático de Filología Latina en la Universidad de Sevilla, hasta su prejubilación en 2009. Interesado originariamente en cuestiones lingüísticas, y más tarde en literatura latina, ha publicado artículos sobre Juvenal, Virgilio, Horacio, Lucrecio, Séneca y, especialmente, Tácito. Dedicado también a estudios propiamente históricos (sobre el mencionado Tácito, la guerra civil de Galba y Otón, la batalla de Munda, etc.), ha realizado además numerosas traducciones de autores clásicos de la Antigüedad, a saber: Prisciliano (1975), Virgilio (*Bucólicas y Geórgicas*, 1981), Ovidio (*Fastos*, 1988), Séneca (*Medea*, 1991; *Las Troyanas*, 1993; *Fedra*, 1994; *Agamenón*, 2008), Juvenal (*Sátiras*, 1996), Salustio (1997), Petronio (2003); Persio (2006); *Antología de Poesía erótica latina* (1989); del griego, *Las Meditaciones* de Marco Aurelio (1985). Es autor de numerosas reseñas y artículos en diferentes revistas, y de libros de creación, a saber: a) ensayo: *Fragmentos de Varia escritura* (1987), *A rienda suelta* (1990), *La pedagogía al alcance de todos* (2004), *Del ensayo a la nostalgia* (2005); a) novelas: *Noche de verano* (premio Anthropos, 1991), *Espíritu universitario* (2010). En la actualidad, prosigue la preparación (que dura ya más de catorce años) de una amplia y original monografía sobre la *Ilíada* de Homero

Por tanto, si alguien nos preguntase por la nada, si alguien nos preguntase qué es la nada, cabría responder sin vacilación: “La Nada es Dios” (otra cosa es que, al decir “la nada es”, tengamos el grave problema de que, en tanto pensamos que la nada “no es”, en el sintagma antes generado, resulta que “la nada es”, y por consiguiente tendríamos que preguntarnos: ¿en qué quedamos: “la nada es” o “la nada no es”, sin que la frase negativa nos libere de una nada que “es”, por cuanto “la nada no es” equivale a decir “la nada es “no es”?).

Así que si atendemos a la preferencia de Borges, por ejemplo, cuando afirma: “A la muerte, prefiero la nada”, que sepa el buen poeta y sepamos todos nosotros que “la nada *también* es”.

A diferencia de la eternidad (que no está hecha de tiempo), el tiempo posee comienzo, medio y final. De ahí que el hombre no pueda arrojarse a una hoguera ni desde una torre, dado que, en tal caso, su tiempo se acaba, y muere.

Es claro que con la lógica humana no estamos en condiciones de imaginar la eternidad, solo la temporalidad, y, por tanto, aceptamos, pacíficamente, la existencia de la muerte, que es la condición de la existencia, de la vida y de nuestro ser: sin muerte, no hay vida.

¿Y después de la muerte? Como se ve, la pregunta encierra la idea de tiempo, por cuanto el tiempo es *antes, durante y después*. Al decir “después de la muerte” insinuamos que la muerte es un suceso más de la vida. Como si dijéramos: “Y después de esta noche de amor, ¿qué?”, como reclamando otras noches y otros días. Del mismo modo, al decir “después de la muerte”, estamos suponiendo que “aún hay tiempo”, y, consiguientemente, vida. Pero no lo estamos preguntando, lo estamos afirmando. En otras palabras, en la pregunta, que es ignorancia, se cuela una afirmación, que es conocimiento. Así que lo correcto será decir: vida = tiempo; muerte = ¿tiempo? (= ¿después?).

Por tanto, la cuestión es averiguar si la muerte es *también* tiempo, como sí lo es la vida. Porque si la muerte “no es tiempo”, apaga y vámonos.

Si la muerte no es “tiempo”, ¿será nada = eternidad, de acuerdo con lo visto más arriba? Pues ahora resulta que la muerte es una de dos: o tiempo o eternidad (que nada tiene que ver con el tiempo), es decir, una de dos cosas dispares y contrapuestas.

Si la muerte es tiempo, entonces, tampoco una frase como: “Que descanses en paz” tiene sentido alguno, por cuanto, al ser la muerte tiempo, quiere decirse que la vida se ha acabado, y, suponiendo que la nada es lo que *sentimos* que es, a saber, “algo como la piedra”, el que fallece nunca descansará en paz, *porque nunca sabrá que ha fallecido, nunca sabrá que ha dejado de padecer, nunca sabrá que está descansando*. Y si uno no sabe una cosa, por ejemplo, que a nuestro alrededor vaguen criaturas invisibles e intangibles, ¿cómo vamos a decir que existen, que son, a igual título que lo decimos de nosotros mismos?

Y si la muerte, contrariamente, es “nada”, ello quiere decir que es “eternidad”, y, si es eternidad, tiene los atributos que antes enumeramos: un ser

eterno *puede* “ser” *siendo la nada*, y, como tal, es decir, en cuanto eterno = nada, puede manifestarse (o no) de manera visible (o no), con lo que estamos otra vez en la divinidad a que antes aludimos.

Volvamos, pues, a lo eterno. “Dios es eterno”. Como hemos visto, ser eterno equivale a serlo *Todo*. Por ejemplo, “omnipotente”. Y si lo puede “todo” podrá, aparte de matarse a sí mismo, seguir siendo “después de muerto”. Y, de la misma manera, en cuanto eterno, Dios puede ser “infinitamente bueno”, y también “infinitamente malo”.

Si esto es así, podrá fabricar un mundo o destruirlo; podrá hacerlo feliz o infeliz. Pero, puesto que lo puede todo, y consiguientemente puede hacerse desaparecer a sí mismo, ¿podría, en tal caso, hacer al hombre infinitamente bueno, malo y poderoso? Si me decís que No, entonces no es todopoderoso, contra lo afirmado sobre la esencia eterna; si me decís que sí, dado que podría ser simultáneamente infinitamente bueno e infinitamente malo, habrá que averiguar qué puede salir de ahí.

Con lógica humana, diríamos que habría empate; pero con lógica “eterna” y por consiguiente “todopoderosa” se tiene que poder salir de ese atolladero, aunque nosotros no atisbemos la solución.

Como vemos, dentro de la lógica humana del hombre temporal, no es nada fácil adivinar cómo se las gasta la eternidad.

Pero sigamos adelante: “todopoderoso” tiene que implicar hacer o ser lo más inverosímil (pues, de no ser así, no tiene sentido el adjetivo “todopoderoso”). Por ejemplo: un ser todopoderoso tiene que poder ser bueno y malo al mismo tiempo y ello en proporciones, a discreción, iguales o diferentes; o ser bueno ahora y malo después; o al revés. Pero, sobre todo, lo más poderoso de ser todopoderoso ha de ser “no ser”; y aun más: “ser y no ser al mismo tiempo”; y lo contrario de esto, si ello fuera posible.

También, ese ser eterno tendría que “no ser siendo” o “ser no siendo”. Más aun: ese ser eterno tendría que poder “no ser eterno”, es decir, “ser temporal”. Y el colmo del poder (del “todo poder”): ese ser poderoso y eterno tendría que *ser capaz de no ser poderoso*.

Así que, como podemos observar, un ser eterno equivale a la nada, al cero infinito, a algo, en definitiva, que “es no siendo” o que “no es siendo”. Claro que todo esto es fruto de la lógica humana.

